

con una amabilidad extraordinaria; hablamos de Madrid, donde él ha estado, y de la reina Doña Isabel II, á quien visitó más de una vez; nos hizo tomar ron, y me regaló su retrato en fotografía, asegurándome que era el primero en el que habia puesto su firma. Despues de algunos instantes y de prometernos mutuamente una sincera amistad, que por mi parte nunca será quebrada, nos despedimos para continuar yo mis visitas á los Santos Lugares.

Eran las diez de la mañana, cuando fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo salimos á la calle y ya se dejaba sentir el calor con insufrible intensidad. Tal vez alterando el orden que siguen todos los peregrinos que visitan Jerusalem, nosotros no recuerdo si por consejo de fray Manuel Yuvero ó por indicacion mia, nos fuimos desde allí á visitar el *monte Sion* ó sea la *ciudad de David*.

## IV.

El monte Sion se levanta al Sur-Este de Jerusalem, y se llama la *Ciudad de David*, porque en ella estableció su morada y su fortaleza aquel gran rey y eminente poeta. Miéntras nosotros en grato coloquio cruzamos las numerosas, estrechas y solitarias calles, que es necesario atravesar para legar allí, consignemos que hoy el monte Sion,

desde el cual se descubre un variado panorama, es un tesoro de antigüedades históricas y religiosas, pero de un orden eminente y elevado. Allí se conservan en ruinas unos, reedificados otros, y otros en su estado primitivo, los siguientes monumentos llamados por los frailes y por los peregrinos SANTUARIOS: «la fortaleza y torre de David, con las torres de Hippicos, de Mariama y de Phasaël; el palacio de Herodes el grande; la iglesia de Santiago el menor; el lugar donde se apareció el Señor á las tres Marías; la iglesia, ántes casa de Santo Tomás; la casa de Anás, la iglesia de Santiago el mayor, ó sea el lugar en que éste apóstol, cuyo cuerpo tenemos en España, recibió el martirio; la puerta de Sion, el lugar donde los judíos cargaron feroces contra los apóstoles cuando llevaban á enterrar el cuerpo de la Virgen; la casa de Caifás, la casa de María; el punto en que se establecieron los caballeros de San Juan, y sobre todo, la casa donde Jesus celebró el cenáculo con sus discípulos, la santísima casa donde se instituyó el Sacramento de la Eucaristía, base y vida de la religion que profesamos.» Y digo *que profesamos*, porque este libro no es un libro de controversia, es un libro escrito con fé y para la fé; es un recuerdo que dirijo desde mi patria, desde el seno de mi familia á aquellos santos lugares, que de tal modo conmovieron mi alma; son cuatro páginas tal vez mal escritas, pero de seguro bien sentidas, que dedico á mis correligionarios los católicos.

Cuando entramos por la *puerta de Sion* cuando cruzamos los umbrales de la *ciudad de David*, recibió mi espíritu una sensación de asombro y melancolía: solitarias y silenciosas he dicho varias veces que se encuentran las calles de Jerusalem; pero en las calles de Jerusalem se tropieza de vez en cuando con un grupo de peregrinos, se descubre de vez en cuando un árabe de alta estatura y de torva mirada, un peloton de judíos que casi furtivamente van á orar á su sinagoga, algunas mujeres armenias que con su gran manto blanco y su cara tapada con un MANDIR, *pañuelo trasparente de colores*, recuerdan las *hijas de Jerusalem* que lloraron por Cristo cuando cargado con la cruz á cuestas caminaba al Calvario; mas en el monte Sion, en la ciudad de David, donde tantas veces sonaron el arpa del profeta y los cánticos del poeta, no se percibe hoy señal alguna de vida, ni se encuentra una sola persona, ni se ve volar los pájaros, ni se escucha el arrullo de las palomas..... allí no se ve ni se oye nada; allí se aspira la fúnebre quietud, la terrible calma de la muerte..... *Vix Sion Lugent*..... exclama el autor de los trenos: *¡las calles de Sion están de luto!*...

Quizá el método que yo llevé al visitar los santos lugares no sea el más razonado, porque debia haberme dirigido primero á los lugares ménos importantes y reservar para el fin los de más alta consideracion: sin embargo, obedeciendo mis ardientes deseos, dejé para otro caso este método de

interés progresivo, y me iba de golpe á donde me impelia mi ansiedad; así es, que tan luego como me encontré en el monte Sion, dije á mis compañeros.—“Vamos al Cenáculo.” Hoy el *Cenáculo* es una mezquita que domina el monte, construida en la misma forma, sobre el mismo punto, con la misma distribucion, y de seguro con las mismas piedras que lo estuvo la casa de José de Arimatea, donde Cristo celebró con sus discípulos la última cena. Entramos en un patio en el que hay una pila llena de agua, destinada á lavarse los musulmanes los piés y las manos ántes de entrar en dicha mezquita á hacer la oracion. Yo me senté en el borde de la pila porque iba fatigado y el calor era intenso; y miéntras un muchacho fué á buscar la llave del *Cenáculo*, estuvimos contemplando un árabe fornido, un beduino, que sin dignarse dirigirnos una mirada se ocupaba en limpiar y dar manteca á su *djarbe*. El *Djarbe*, que César Cantú llama sin razon *Djerid*, es una lanza cuya asta cuenta cuatro ó cinco metros de largo, y cuya cuchilla de tres dedos de ancho tiene medio metro de largo. El dragoman Rafael acercándose á mí, me dijo al oido: —“Los beduinos de Sion son muy malos; estos son de los que salen á robar en el camino del Jordan.”—Cuando regresó el chico que habia ido por la llave, subimos algunas gradas y entramos en el Cenáculo. Constituye el Cenáculo un salon de catorce metros de largo por nueve de ancho, y de una elevacion bellamente proporcio-

nada á las otras dimensiones: en la línea de su mayor largura se levantan dos columnas que lo dividen en dos naves de derecha á izquierda, cuyas columnas terminan en capiteles formados por coronas de follaje labrado en piedra: por último, tres ventanas dan luz á esta solemne cámara, la más importante del mundo para el cristiano, porque en ella celebró Cristo la Pascua con sus discípulos porque en ella instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; porque en ella bajó el Espíritu Santo en lenguas de fuego y en medio del profundo retumbar del universo, sobre los apóstoles, sobre aquellos hombres que, de groseros pescadores é ignorantes artesanos, se convirtieron en eminentes sabios, en colosales atletas de un orden supremo, que sin más fuerza que la fuerza de su palabra hundieron para siempre el paganismo, y á los ecos de su inspirada voz respondió una nueva religion, una religion de gracia, que ha vivido al través de encontradas civilizaciones hasta hoy, y que vivirá hasta la consumacion de los siglos.

Cuando la revolucion de 1868 derribó en Madrid el histórico templo de *Nuestra Señora de la Almudena*, lei yo la *Crónica de esta imagen*, escrita en el año 1692 por *D. Juan de Vera Tarsis y Villarreal*, cronista de la real esclavitud y asimismo cronista de S. M. en estos reinos y su fiscal de las comedias. Pues bien: en esa crónica dice: "Que reunidos en una habitacion contigua á la del Cenáculo los discípulos de Cristo y la Virgen, dias

antes de separarse unos de otros para predicar por todas partes la doctrina cristiana, á cuya habitacion se sube por doce peldaños," ya lo referimos al hablar del taller de Nicodemus en Ramma, "esculpió la imagen de María Nicodemus, la pintó San Lucas, y que esta imagen es la que Santiago trajo á España y se venera con el nombre de Nuestra Señora de la Almudena." Yome acordé allí de este detalle, y ví que en efecto existe la cámara, á la que se sube desde la del Cenáculo, no por doce peldaños, como sienta la crónica, sino por ocho; penetramos en ella, y fray Manuel y mi dragoman me llamaron la atencion sobre una reja que se abre en el lienzo de la izquierda, formando ángulo recto con el de la puerta de entrada. Miramos por aquella reja y vimos la tumba de David. Esta tumba es un túmulo de piedra, colocado muy próximo y paralelo á la pared de enfrente, cubierto con una gran manta, que me pareció de seda, en la que dominan los colores amarillo y encarnado, tanto que me recordó la bandera española: pero aquella no es la verdadera tumba de David; aquella es un *facsimile*, una copia enteramente exacta de la verdadera, que se encuentra, segun afirman los musulmanes, pues á los cristianos se prohíbe la entrada bajo pena de muerte, en una cámara que hay debajo de la que se descubre por la reja, y de las mismas dimensiones, de la misma forma y en la misma posicion que el facsimile, el que ni siempre ni á todos se permite tampoco ver.

Despues de contemplar un rato esta tumba, de-

bajo de la cual, aunque en otro piso, descansan los restos de David, salimos otra vez al Cenáculo, y me dijeron que debajo de él hay otra habitación de las mismas dimensiones y forma que en la que estábamos, sino que en vez de dos columnas tiene dos pilastras; añadiendo que en aquella habitación subterránea es donde Cristo lavó los pies á sus discípulos. «Donde Cristo, exclamé yo para mí, dió el gran ejemplo de humildad á los orgullosos de la tierra.» Como los musulmanes, que hoy habitan en aquel cúmulo de edificios, guardan en esta cámara subterránea sus mujeres, es de todo punto imposible entrar en ella. Llevan tan á rigor los musulmanes orientales la reserva de sus mujeres, que cuando un cristiano se encuentra con uno de ellos, por amigo que sea, le infiere gran ofensa al preguntarle *por su mujer*; no debe preguntarle sino *por su familia*. De modo que el Cenáculo ó la casa de José de Arimatea, porque de José de Arimatea era la casa en que Jesus celebró la última pascua, se compone de cinco cámaras, tres á las que se sube por algunos peldaños y dos subterráneas: son la primera, donde Jesus instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, ó sea el verdadero Cenáculo; la segunda, donde está la reja por la cual se ve la tumba de David, ó sea donde Nicodemus esculpió la imagen de María; la tercera, donde se halla la copia ó reproduccion de dicha tumba. Las subterráneas son: una donde se conservan los restos de

David, y por lo tanto su verdadera tumba; y otra en la que Jesus lavó los pies á sus discípulos, que es donde hoy tienen los musulmanes á sus mujeres. Despues de contemplar con religioso sentimiento todas estas cámaras, dimos un *batchix* al jóven que nos acompañó; y cruzando el patio por donde habiamos entrado, en el que ya no estaba el beduino que limpiaba su *djarbe*, salimos al campo, es decir, salimos al monte Sion. Entonces nos dirigimos á la torre de David; esta célebre torre, *Turris Davidica*, hizo en otro tiempo parte de una gran fortaleza, llamada entre los indígenas EL KALAAH. Esta torre que es la misma que existió en tiempo del profeta, porque Tito mandó que no se la derribara para manifestar á las generaciones venideras ¡qué fortalezas sabia conquistar! se halla construida con piedra labrada de 1 á 4 metros de largo; sus dimensiones son: 20 metros de largo, 16 de ancho y 12 de alto, en la parte más antigua, pues sobre esta parte se eleva otra de construcción más moderna. Existe aún la ventana desde donde el profeta-rey vió á la esposa de Urías, cuya casa, de la que solo se conserva la señal del sitio, está cerca de la torre, la ventana desde donde vió á la hermosa Bethsabe, que despues vino á ser madre de Salomon. La cámara en la que se abre esta ventana, se conoce hoy con el nombre de *Oratorio de David*; en ella concibió y realizó aquel rey su mal deseo; y convertido despues por él mismo en oratorio, es tambien donde lloró

su falta y donde compuso los salmos, que por sí solos bastan para eternizar un nombre. Hoy el oratorio de David sirve de almacén de armas al ejército turco.

Paseando por aquel solitario monte, en cuya cumbre se encuentran multitud de cementerios abiertos, es decir, sin cerca, como todos los de Oriente, nos paramos no lejos del Cenáculo á contemplar un lugar venerando. Entre el Cenáculo, el cementerio griego no unido y el americano, se hallan dos piedras de un metro cúbico, cada una de las cuales tiene esculpida en medio una cruz; de estas dos piedras, la más próxima al cementerio americano protestante, perteneció á la casa de la Virgen, y marca el punto en que dicha casa se levantaba. Segun refiere una tradicion no interrumpida, en aquella humilde casa vivió la Virgen con S. Juan, desde que Jesus hablándole desde la cruz le dijo: *Mujer, ahí tienes tu hijo*. En aquella casa celebraba misa S. Juan todos los dias, quizá las primeras misas del mundo; en aquella casa recibia la Virgen en comunión todos los dias á su Hijo, y en aquella casa habitaron el Evangelista y María, la santa entre todas las mujeres, la que embelleció el mundo con su purísimo fulgor, hasta que fué avisada por el arcángel S. Gabriel de que Dios la llamaba hácia sí. De aquellos celebres monumentos, testigos de tan importantes hechos, sólo queda una piedra, que se levanta en la cumbre del monte Sion; mas peregrinos de todos los países

del mundo besan esa piedra y oran ante ella y vuelven á su patria, llevando de ella un recuerdo que, en los momentos aciagos de la vida, suaviza las penas del corazón. En aquella casa durmió María el para ella dulce sueño de la muerte; de allí sacaron los apóstoles su cadáver con el fin de conducirlo al monte Olivete, donde le habian preparado un modesto cenotafio; mas apenas anduvieron algunos pasos, cuando una miserable turba de judíos cargó sobre ellos y trató de derribar al suelo, no sabemos con qué fin, el ataúd de la Virgen. Así lo refiere una tradicion hebrea; pero añade, que los judíos no pudieron realizar su intento porque sin duda legiones de ángeles bajaron invisibles del cielo á pelear contra aquella raza maldita de hombres: el primero que puso la mano sobre el túmulo quedó inmóvil, su mano yerta, su cuerpo petrificado, y despavoridos los restantes, no solo desistieron de su criminal empeño, sino sino que todos hicieron una verdadera conversión.

En las repetidas vueltas y revueltas que fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo dimos por la extensa cumbre del monte Sion, gozando al contemplar el panorama que allí se disfruta, pues se descubre por un lado la frondosa cima del monte Olivete; por otro el camino de Jordan; por otro Acceldama, con el camino de Bethlem, y la ciudad de Jerusalem por otro, examinamos los cementerios de los anabaptistas, de los católicos, ó

como allí dicen, de los latinos, de los armenios, de los coptos y de los abisinios, todos, ménos el de los latinos, abiertos, esto es, sin pared ni cerco alguno que los entorne. Desde allí vimos tambien las torres de Hippicos, de Mariama y de Phasaël; el lugar de la casa de Herodes *el Grande*, el templo que se levanta en el punto en que estuvo la casa de Anás, diferentes olivos, que aseguran ser retoños de uno al que ataron á Cristo ántes de entrarlo en la citada casa de Anás; pero contentádomes con mirar de léjos aquellos objetos, porque en Tierra Santa á cada paso que se dá brotan un monumento, una tradicion y un recuerdo, sólo entramos en casa de Caifás y en la gran basilica construida sobre el recinto donde martirizaron á Santiago «el mayor.»

Para entrar en la casa de Caifás, hoy templo perteneciente á los armenios, hay que atravesar un patio en el que se suben tres ó cuatra escalones. Cuando nosotros entramos en dicho patio, tuvimos que esperar largo rato, porque el templo estaba cerrado; y yo no sentí este retraso, pues así pude examinar á mi gusto aquel lugar, donde la célebre noche de la Pasion de Cristo se calentaban los criados del sumo sacerdote, y con los criados Pedro, á quien aquellos preguntaron si iba tambien con Jesus, y Pedro respondió, que no conocia á tal hombre. «Et tu cum Jesu Nazareno eras?... Neque scio, neque novi quid dicas.» Donde Pedro oyó cantar el gallo, y recordando las palabras

que su maestro pronunció en el cenáculo, reconoció su pecado, y saliendo fuera comenzó á llorar. Muchos en las generaciones posteriores han negado á Jesus como Pedro lo negó. ¿Son muchos los que como Pedro, oyendo el canto del gallo, el grito de su conciencia, han reconocido su pecado, y saliendo fuera del vicio han comenzado á llorar? Sentados en las gradas del patio y en profundo silencio continuábamos Fray Manuel Yuvero y yo, cuando regresó el dragoman Rafael con una mujer armenia, que parecia un gigante: vestia ancho pantalon prendido á la garganta del pié y manto blanco, que cubriéndole la cabeza bajaba casi hasta rozar el suelo, ceñido á la cintura, á cuyo manto llaman *Isard*; aquella mujer nos infundió respeto y deseábamos separarnos cuanto ántes de ella, porque el dragoman nos advirtió en voz baja que era una de las leprosas que hay en el monte Sion. Entramos en casa de Caifás, hoy templo cuadrilongo y sin adornos: en la testera, ó sea en la pared frente á la puerta de entrada, se levanta un altar formado por la gran piedra que cubria la gruta en que estuvo sepultado, ó más bien depositado el cadáver de Cristo. En otro lugar daremos una explicacion clara de este sepulcro, punto el más importante de Jerusalem, objeto primordial de las peregrinaciones que se hacen á tierra Santa. La lápida del Santo Sepulcro que, segun la puerta que cubria debia ser casi un óvalo, se halla colocada en el altar, formando la mesa, y de

manera que se la ve por tres puntos, encontrándose cubierto el resto con rico mantel y otros adornos. Puestos de frente á este célebre altar, se abre á la derecha y á dos ó dos y medio metros de distancia, una capilla donde apenas caben dos personas de rodillas. Esta es la cárcel donde tuvieron á Cristo desde que acabó el insolente interrogatorio del príncipe de los sacerdotes, hasta que brillando el albor de aquel día que no tendrá fin, lo llevaron á Pilatos. «Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, dice San Juan en su evangelio, preguntó á Jesus, diciendo: ¿no respondes nada de lo que estos deponen contra tí?—Y Jesus callaba; y el Príncipe de los sacerdotes le dijo: te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios.—Jesus le dice: tú lo has dicho, y aun os digo que vereis á poco al hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.—Entonces el sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo: ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabais de oír la blasfemia.—¿Qué os parece? Y ellos respondiendo, dijeron: reo es de muerte.—Entonces le escupieron en la cara y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro, diciendo: adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?,.....» Cap. 26, vs. 62 al 69.

¡Que grato, qué conmovente es recordar estos hechos de la historia sagrada, en el mismo lugar

en que se verificaron! Desde casa de Caifás nos dirigimos al punto en que martirizaron á Santiago el mayor al poco tiempo de haber regresado de España. El templo edificado sobre este punto, que es una gran catedral lujosamente decorada con dos órdenes de pilastras cuadradas, que la dividen en tres naves, constituye la basílica de los armenios no unidos. Cerca y frente del altar mayor, en uno de los arcos torales, en el de la izquierda yendo hácia el presbiterio, se encuentra la capilla del sacrificio del Santo. Esta capilla es semicircular, pequeña, tiene un altar que, como todos los de Tierra Santa, es hueco, se venera en el suelo la piedra misma sobre la que, por orden de Herodes *Agripa*, quitaron la vida al Apóstol. Casi frente á esta capilla, al otro lado del templo, se abre otra gran capilla, y dentro de un ábside, defendido por una reja, se ven y tacon tres peñas en estado bruto, colocadas la una sobre la otra, habiendo sido sacada la de abajo del fondo del Jordan, la que en ella descansa, ó sea la del medio, llevada del monte Tabor, y la que descansa en ésta, ó sea la de arriba, del monte Sináí. Cuando al retirarnos de este grandioso templo llegamos á la puerta de salida, se me presentó delante un sacristan armenio, de arrogante personal y rica vestidura; y suplicándome que presentara ambas manos, me irrigó éstas y la cabeza con una regadera, de la que brotaba menudísima lluvia de agua de rosas. Al pisar la calle miré el reloj y eran ya las doce del

dia; Fray Manuel Yuvero y el dragoman me acompañaron hasta Casanova, donde nos despedimos, quedando en volver por la tarde para continuar nuestra visita á los Santos Lugares.

### SEGUNDO PASEO.

DENTRO DE LOS MUROS DE JRRUSALEM.

*Viérnes 9 de Marzo.*

*Lugar donde lloran los judíos.—Solemne procesion en el Santo Sepulcro.—Casa de S. Joaquin y Sta. Ana.*

Si profundas emociones recibió mi alma en los objetos ó santuarios que visité por la mañana, más profundas aún, quizá las más fuertes de cuantas sentí durante mi permanencia en Tierra Santa, fueron las que mi alma experimentó aquella tarde. Aquella tarde fuí á ver llorar los judíos sobre las ruinas del templo de Salomon; fuí á presenciar, mejor dicho, á formar parte de la sublime procesion que todas las tardes del año hacen los frailes de casi todas las religiones en el templo del

Santo Sepulcro, y fuí, por último, á visitar la casa donde fué purísimamente concebida y donde nació la Virgen María.

Despues de almorzar y descansar algunos momentos, porque los paseos por Jerusalem y sus alrededores fatigan demasiado á causa de sus malas calles, de sus ásperos campos y de su sol constante y abrasador, nos dirigimos fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, segun habiamos convenido, á casa del vicecónsul de España en la Ciudad Eterna: despues de oír algunos instantes tocar el piano á su amable esposa, salimos á pié los cuatro, y nos encaminamos al punto en que lloran los judíos. Verdad es que en Jerusalem no quedó piedra sobre piedra, segun dice el Profeta, pero esta frase oriental no manifiesta precisamente que se arrancaran las piedras de los cimientos; y en el templo de Salomon se ven aún, del tiempo de este rey y del de Zorobabel, tres ó cuatro órdenes de grandes sillares formando muro, que si por la calle se levantan del nivel del suelo, por la parte del templo, cuyo nivel es más alto, son nada más que cimientos arrasados á flor de tierra. Los judíos, ese pueblo maldito, ese pueblo un dia orgulloso y deicida; humilde, abyecto y despreciado hoy, paga al Sultan un tributo por que le permita ir los viérnes desde la una de la tarde hasta la hora de ponerse el sol, á llorar sobre las ruinas del templo; pero el permiso no es para entrar en él, sino para llorar desde una calle y besar por la par-